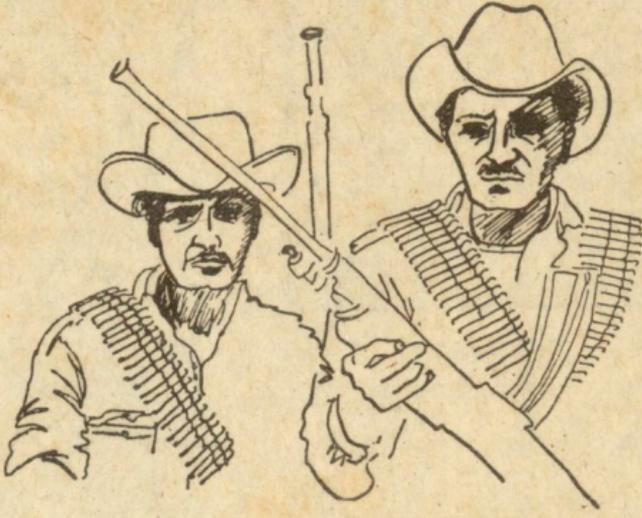


IZQUIERDISMO Y



RESENTIMIENTO

por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

Una de las prácticas morales más eficaces de la izquierda es realizar, más allá de la vanidad personal y del prurito individualista, una frecuente y desapasionada autocrítica. Es un ejercicio de honestidad consigo mismo y con los demás, inconcebible para quienes no han franqueado los obstáculos que dificultan el acceso de la inmanencia individual a la trascendencia social, del yo al nosotros. El poder decirnos a cara limpia, sin rodeos, lo que consideramos nuestros defectos, nuestras debilidades, nuestras fallas nos obliga ahora a examinar un hecho real que, por ser tal, el enemigo emplea astutamente para atacarnos. Muchos socialistas creen que la ideología que han adoptado por convicción, o sea, la postulación de una doctrina y una praxis que conduzcan a la reorganización profunda de la sociedad, suprimiendo los privilegios de casta, riqueza o poder, y devolviendo, en un acto histórico de justicia, el bienestar al pueblo mediante un cambio de las estructuras políticas, sociales y económicas, en vista sólo del provecho de las masas ahora desheredadas y miserables, exige necesariamente adoptar los modos, asumir las actitudes y hasta vestir las ropas que corresponden al asocial, al nihilista, al rebelde sin causa.

Se trata de un error flagrante. Las izquierdas son hoy, en el mundo entero, las fuerzas que encabezan los técnicos. Las multitudes que siguen a esos líderes no van detrás de palabras vanas, sino de certezas racionales y científicas. Dichos técnicos han surgido de las universidades, de los centros de docencia superior, del estudio serio y penetrante de los problemas y, en algunos casos, del autodidactismo practicado a base de un esfuerzo equivalente al duro trabajo del investigador. Se equivocan los que creen que ser revolucionario significa desprestigiar las formas legítimas de la vida moderna, que son obra, no de una clase, sino de la humanidad íntegra y, sobre todo, de esa inmensa mayoría que está, debido a la injusticia reinante en el capitalismo, excluida de las ventajas de la industria contemporánea, de la ciencia aplicada, del conocimiento sabio, de la cultura entendida como instrumental para campear libremente por sobre la naturaleza.

Si un socialista de una tendencia le dice a otro de otra tendencia que es un "pariente rico" (o cualquier otra expresión por el estilo) porque el segundo tiene una profesión, ejerce una cátedra o goza de prestigio, manifiesta un resentimiento. La psicología ha explicado ya el mecanismo psicológico del resentimiento. Es un impulso irracional y negativo que se dirige a la destrucción. Un diálogo teatral de Sartre, cuando en la escena se hallan enfrentados el verdadero dirigente socialista y el que ha asumido la misma posición bajo el efecto del resentimiento, testimonia con claridad la diferencia entre uno y otro: éste quiere volar la sociedad en pedazos, en tanto aquél aspira a transformarla. Son dos fines diferentes, que la historia presente del mundo ilustra a la perfección. Fidel Castro no quería —y no lo ha hecho— poner un petardo gigantesco a Cuba, por más que ahí, durante la dictadura oligárquica pareciera todo o buena parte de todo corrompido por la concupiscencia, la frivolidad, la ambición, el oro. Abogado notable, se rodeó de especialistas para dar un vuelco a las estructuras. No llamó con epítetos amargos a quienes, vinieran de donde vinieran, se adhirieron a su causa y le brindaron su capacidad. El ex-emperador chino Pu Yi —que fuera títere de los japoneses cuando apenas sobrepasaba la adolescencia— es hoy un útil profesor de la Academia de Ciencias de Pekín. El anti-imperialista marroquí Mahommed V aceptó la cooperación de su pariente el Pachá Glaoui, que colaboró con los colonialistas franceses, cuando éste hubo reconocido su error y puso su influencia y su poder al servicio de la independencia económica de su patria. Estos —y otros muchos casos más— muestran que con la revolución no se intenta destrozar el universo sino reorganizarlo en beneficio de la mayoría, sin derrochar ningún medio ni ninguna ocasión. No opera en ella, como móvil, el odio, sino la razón más lúcida.

Esa izquierda al parecer resentida debe reflexionar. Estas palabras están escritas en la confianza de que son una crítica sana y sin prejuicios. No olvidemos, los socialistas peruanos, que el enemigo es rico, poderoso e inescrupuloso, y que por miedo al impostergable porvenir revolucionario de nuestra patria, aprovecha cualquier fisura para introducir entre nosotros la cizaña secular. Se habla justamente de un "cauce de izquierda" para 1962. Que el torrente del pueblo lo halle en la unión de todos los que aspiramos a fundar un socialismo en nuestra patria y marchar así al compás de la historia en la gran causa del pueblo, al que servimos sin interés.